



II

AL llegar á Colonia, Gilberto se embarcó á bordo de un buque de vapor para subir el Rhin hasta diez ó doce leguas arriba de Bona. Por la tarde, se extendió sobre el río y sus orillas espesa niebla y fué preciso echar anclas y permanecer al paio toda la noche. Este contratiempo puso triste á Gilberto, que encontraba en él cierta semejanza con su destino. El también tenía que remontar una corriente, y más de una vez, triste y espesa niebla le había ocultado á su vista el camino emprendido.

Á la mañana siguiente, se despejó la atmósfera: levaron anclas, y á las dos de la tarde Gilberto desembarcaba en un punto distante dos leguas de Geierfels. No tenía prisa por llegar. Por más que, según le echaba en cara M. Lerins, «había nacido riendo,» temía el momento en que se cerrarían tras él las puertas de su prisión, y por lo tanto procuró gozar durante algunas horas más de su querida libertad. «Puesto que vamos á separarnos, se decía, tomémonos tiempo á lo menos para despedirnos.»

En vez de alquilar un coche que le llevase á él y su equipaje, entregó los baúles á un comisionista que se obli-

gó á remitirselos al día siguiente, y emprendió el camino á pié con la maletilla debajo del brazo y resuelto á tomarlo con calma. Una hora después, desviado de la carretera, descansaba en un humilde mesón, situado en una alturita poblada de hermosos árboles. Se hizo servir bajo un emparrado la comida, que consistió en una tajada de jamón y una tortilla con perifollo, rociada con un vinillo clarito sin punta de agrio. Este festín á lo Juan-Jacobo le pareció delicioso, sazonado con aquella libertad que permite un mesón, más estimada del autor de *Las Confesiones*, que la misma libertad de escribir.

Cuando acabó de comer, tomó Gilberto una taza de café, ó sea el negruzco brebaje que en Alemania llaman café. Bebiólo no sin pena, recordando el excelente moka que preparaba por su mano Mad. Lerins. Esto le trajo á la memoria á la amable señora y á su marido.

—«Es singular—decía entre sí—¡cuánto me quieren y cuán poco me conocen! Todos los consejos que me daban el otro día, se dirigían á un Gilberto fantástico. No comprenden hasta qué punto soy razonable. Hay momentos en que me figuro que he vivido ya otra vez, de tal manera se amolda mi alma fácilmente á todas las actitudes que imponen las circunstancias.»

No tardó mucho Gilberto en olvidar París y á Mad. Lerins, y quedó sumido en vaga meditación. Transcurrían los primeros días del mes de mayo. Los árboles empezaban á reverdecer. Momento solemne y dulce, en que la naturaleza despertando de su largo sueño, lanza al espacio lánguidas miradas y á través de las sombras que velan todavía sus ojos, entrevé confusamente el sol! Se diría que reconoce en él al fantasma adorado, en el cual soñaba cuando dormía. La alegría se apodera de ella, y la vida que hierve en su seno, brota en raudales de savia en el naciente tallo de las flores y en los nudosos troncos de las viejas hayas rejuvenecidas... Y esta savia primaveral hervía también en el corazón de Gilberto; sentíase aturdido,

abrumado. La acariciadora brisa suspiró en el naciente follaje de un castaño vecino, y un pajarillo se puso á cantar. Le pareció á Gilberto que aquel canto y aquel suspiro, salían de lo profundo de su sér. Cuando se medita, el corazón repite como un eco la gran música del universo; parecido á las conchas marinas, de las cuales parece que sale, al acercarlas al oído, el confuso y majestuoso murmullo del Océano.

Pero la meditación de Gilberto tomó de pronto otra dirección. Desde el banco donde se hallaba sentado, divisó el Rhin, el camino que corría á lo largo de la orilla, y más cerca de él, la blanca carretera, por donde pesadas carretas y sillas de posta levantaban, á intervalos, grandes nubes de polvo. Ese camino polvoroso absorbió bien pronto su atención por completo. Le parecía que le miraba con dulzura, que le llamaba y le decía:

—«Sígueme, juntos iremos á países lejanos; noche y día, infatigables entrambos, marcharemos al mismo paso, atravesaremos ríos y montañas, y cada mañana mudaremos de horizontes. Ven, te aguardo, dame tu corazón, soy el amigo fiel de los vagamundos, soy el divino dueño de los ánimos esforzados, que consideran la vida como una aventura...»

Gilberto no era hombre que se entregase largo rato á la fantasía.

Volvió en sí, se levantó y echó á andar.

— Un momento há me creía muy juicioso — se dijo;— no lo parece. Vamos, valor, empuñemos de nuevo el bastón y partamos para el Geierfels.

Cuando entró en la cocina del mesón para pagar su escote, encontró en ella al mesonero ocupado en lavar con agua tibia la ensangrentada mejilla de un rapazuelo. Durante esta ocupación el niño lloraba y el mesonero echaba votos. En esto, salió su mujer.

—¿Qué le ha sucedido á Guillermo?—preguntó.

—Le ha sucedido—contestó el mesonero encolerizado—

que ahora mismo pasaba á caballo el señorito Esteban por el camino del molino, y el niño iba delante con los cerdos. El caballo del señorito se ha asustado, y éste que apenas ha podido contenerle ha dicho al niño: «De cuándo acá, crees tú, imbécil, que mi caballo ha nacido para tragar el polvo que levantan tus marranos? Hazte á un lado, llévalos al ribazo y déjame el paso libre.» «Dirigios vos hacia el bosque, el sendero está á dos pasos,» le ha contestado ese. Con esto se ha incomodado el otro, y viendo que el niño se echaba á reír, ha corrido hacia él y le ha cruzado la cara con el látigo. ¡Voto á crias! que vuelva por aquí ese señorito, y yo le enseñaré á vivir. Como pueda, el mejor día le ato á un árbol y le rompo en las costillas diez varas de fresno!

—¡Cuidado con lo que dices, Pedro!— repuso su mujer con espanto. —Si tocaras á ese joven, en mal paso te metías.

—¿Quién es ese Esteban?— preguntó Gilberto.

El mesonero, á quien la advertencia de su mujer le recordaba que debía ser prudente, le contestó con sequedad:

—Esteban es Esteban, los curiosos son curiosos, y los borregos han venido al mundo para ser esquilados.

Y se lo probó al momento. El pobre Gilberto pagó su frugal comida cinco ó seis veces más de lo que valía.

—¡Qué antipático es el tal Esteban!—se dijo al salir.— Por él, me desuellan. Pero ¿qué culpa tengo yo?

Gilberto al salir se encontró de nuevo en la carretera; esto no le agradó mucho; harto sabía á dónde debía conducirse. Por el camino se informó de si estaba todavía muy lejos del Geierfels. Le contestaron que á buen andar, estaría allí en menos de una hora. Gilberto reprimió la velocidad de su paso; decididamente no tenía prisa por llegar al término de su viaje.

La primavera había sido siempre para él la estación de la melancolía. Cuando los árboles se cubrían de nuevo follaje, le parecía natural que también su existencia rever-

deciera; pero por más que miraba el extremo de las ramas no descubría el más pequeño botón. Le parecía que su destino tenía color de hoja seca, y sin embargo salían de su corazón perfumes y murmullos primaverales, porque á pesar de todo, continuaba siendo joven.

—No, no es mi corazón joven—se dijo mientras andaba— es mi imaginación. El buen doctor me toma por una sensitiva; y no conoce hasta qué punto domino mis sentimientos. Y, á decir verdad, no me dan mucho qué hacer; jamás conmigo han librado grandes batallas. El próximo día de san Medardo cumpliré treinta años, y no sé todavía más que de oídas qué sea esa locura que el mundo llama amor; país de encantos al cual no he arribado jamás... Porque de mis amorcillos cuando tenía veinte años no hay que hablar; nada he aprendido en ellos... Sin duda la naturaleza, al crearme, no ha querido meterse en gastos, no me ha vestido de nuevo, y me dió un corazón que ya había servido. Ese corazón lleva en sí las cicatrices de heridas que yo jamás he recibido, conserva lejanos recuerdos de pasiones que no recuerdo haber experimentado nunca. En mi existencia actual, no soy más que un apasionado contemplador. ¡Si pudiera mi espíritu conservar siempre su juventud! ¡Oh Verdad Eterna! no me niegues nunca las alas para volar hacia ti!... No obstante, la ambición es un manantial de sufrimientos. La vida es fácil para el buho, á quien no atrae el espacio; pero el águila quiere remontarse hasta el sol, aunque deba descender medio ciega y entregar sus despojos á las olas... pero... á lo menos el esplendor del cielo habrá apagado la ardiente ambición de sus ojos y saciado su sed... Yo, Gilberto, que no pertenezco á la familia de las águilas, las he seguido de lejos en sus aéreas ascensiones, y más de una vez he sentido el doloroso placer del vértigo. Estas son las únicas aventuras de mi vida. ¡Ah! Dios haga que no lllore nunca tan gloriosas fatigas.

Y añadió, exaltándose más y más:

—Sólo puede vanagloriarse de haber vivido, el que un día poseyó la verdad, el que estrechó con labio puro la Santa hostia, y sintió estremecerse su carne con este alumbramiento sagrado y esparramarse como un torrente en sus abrasadas venas la vida divina!... Y sin embargo, esto mismo no me bastaría. Quisiera hallar la ocasión de cumplir un acto, un solo acto en el que pudiera vaciar mi alma entera, un acto del cual dijeran: « ¡ahí está Dios! » un acto de fe, de abnegación cuyo recuerdo perfumara mi existencia. ¿Se presentará esta ocasión? ¡Ay de mí! En materia de virtud, el destino parece condenarme á la medianía.

Mientras se entregaba á estas reflexiones, Gilberto seguía andando. Se hallaba á más de media legua de distancia del castillo, cuando advirtió que á su derecha, un poco más arriba del camino, había una fuentecilla al abrigo de una gruta natural. Á ella conducía un sendero, y este sendero ejerció sobre Gilberto atracción irresistible. Fué á sentarse en el reborde de la fuente, apoyando los pies sobre una piedra musgosa. Allí debía hacer alto por última vez, porque la noche se venía encima. Al ruido del agua que borbotaba en el pilón, Gilberto había reanudado el hilo de su conversación interior, cuando vino á distraerle de súbito el galopar de un caballo que subía por el sendero. Levantó los ojos, y vió dirigirse hacia él, montado en corpulento alazán, un joven de diez y seis años, de rostro macilento y enjuto, pelo castaño claro, que caía en bucles sobre sus hombros, bajo de estatura y muy esbelto y bien formado. Los rasgos de su fisonomía, aunque nobles y regulares, despertaron en Gilberto más sorpresa que simpatía. Tenían cierta dureza y melancolía en la expresión; en aquel hermoso rostro de adolescente no brillaba ningún atractivo juvenil.

El joven jinete se fué hacia él, y cuando se halló á dos pasos de la fuente, gritó en alemán, con imperioso acento:

—Á ver... buen hombre, hacéos á un lado, que mi caballo tiene sed.

Gilberto permaneció inmóvil.

— Amiguito, no levantéis tanto la voz — le contestó en la misma lengua, que poseía perfectamente, pero que pronunciaba á la diablo, quiero decir, á la francesa...

— Amigazo, ¿cuánto lleváis por vuestras lecciones de buena educación? — le replicó el joven remedándole.

Luégo añadió en francés con irreprochable acento:

— Vamos, despachad pronto, que no me gusta esperar. Y chasqueó el látigo.

— Señorito Esteban — dijo entonces Gilberto que no había echado en olvido la aventura del niño Guillermo — ese látigo acabará por causaros algún disgusto.

— ¿Quién os ha dado el derecho de averiguar mi nombre? — exclamó impetuosamente, irguiendo la cabeza.

— ¡Toma! Es ya célebre en el país — repuso Gilberto — le habéis escrito hace poco en caracteres bien inteligibles en las mejillas de un porquerillo.

Esteban, porque era él, se puso rojo de cólera y levantó el latiguillo con aire amenazador; pero Gilberto con su bastón, se lo arrancó de las manos, y lo arrojó á una zanja, que estaba próxima.

Cuando miró de nuevo al jovencito, se arrepintió de lo que acababa de hacer; causaba espanto verle; de pálido se había vuelto lívido; el rostro contraído, convulso; en vano intentaba hablar, la voz espiraba en sus labios, parecía que iba á morirse. Se quitó precipitadamente un guante y quiso arrojarlo á la cara de Gilberto, pero con trémula mano lo dejó caer al suelo. Estuvo contemplando un momento con aire de reproche aquella delicada mano cuya impotencia maldecía. Luégo, abundantes lágrimas brotaron de sus ojos, se inclinó sobre el cuello del caballo, y con ahogado acento murmuró:

— Por Dios, si no queréis que muera de rabia, devolvedme... devolvedme...

No pudo acabar, pero ya Gilberto se había lanzado á la zanja á recoger el latiguillo y se lo devolvió con el guante. Esteban, sin mirarle, le contestó con ligero ademán; tenía los ojos fijos en el fuste delantero de la silla como si procurase ponerse sobre sí. Gilberto se compadeció de su estado, y se desvió para no importunarle con sus miradas, pero en el momento en que se inclinaba para coger su bastón y su maletilla, el joven, con certero latigazo, le quitó el sombrero que fué rodando al fondo de la zanja; cuando Gilberto, indignado y sorprendido, quiso precipitarse sobre el traidor, éste había ya lanzado su caballo al galope y en un abrir y cerrar de ojos se plantó en la carretera, por la cual desapareció envuelto en nubes de polvo.

Gilberto se sintió afectado por esta aventura más de lo que podía esperarse de su filosófico criterio. Pensativo emprendió de nuevo su camino; veía siempre delante de sí el rostro pálido y descompuesto del joven.

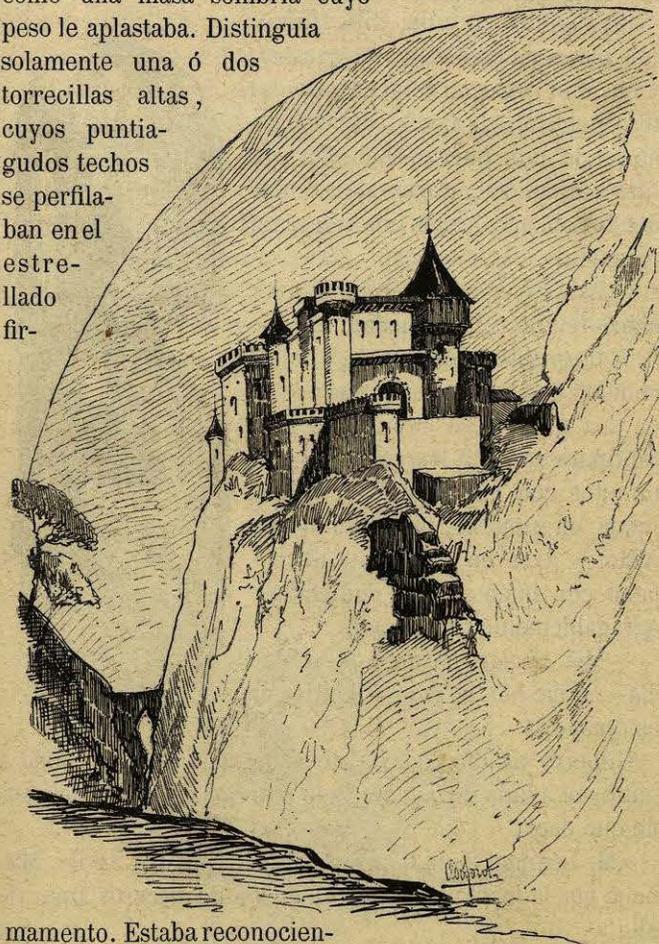
— Ese exceso de desesperación — se decía — arguye un alma orgullosa y apasionada; pero la perfidia con que ha correspondido á mi generosidad, es vileza y depravación...

Y dándose un golpe en la frente:

— Pero ahora caigo; á juzgar por su nombre, ese jovencito podrá ser muy bien el hijo del conde Kostia. ¡Ah! qué amable compañero me está reservado para endulzar mi cautiverio! M. Lemnof debiera habérmelo prevenido y anotado como partida de cargo.

Sintió que se le oprimía el corazón; se veía ya condenado á defender incesantemente su dignidad contra las ruindades é insolencias de un niño mal criado, y esta perspectiva le entristecía. Se abismó tan profundamente en sus melancólicas reflexiones que equivocó el camino. Pasó más allá del punto en donde debía desviarse de la carretera para subir por la colina escarpada cuya cima coronaba el castillo. Felizmente encontró á un viandante que

volvió á orientarle. Había anochecido ya cuando nuestro viajero entró en el patio de aquella vasta posesión. Aquel agregado de disparatadas construcciones se le apareció como una masa sombría cuyo peso le aplastaba. Distinguía solamente una ó dos torrecillas altas, cuyos puntia- gudos techos se perfilaban en el estre- llado fir-



mamento. Estaba reconociendo el sitio cuando enormes perros furiosos se lanzaron sobre él, y hubiera sido devorado, si, al oír los ladridos, un ayuda de cámara de seis piés de estatura y ancho de espaldas, no hubiera salido á su encuentro con

una linterna en la mano. En cuanto Gilberto le dijo su nombre, le rogó que le siguiera. Atravesaron un terraplén, viéndose obligados á cada paso á desembarazarse de los mastines que gruñían sordamente.

Siguiendo á su guía, Gilberto subió por una escalerita de caracol, y cuando llegaron á la meseta del tercer piso, el ayuda de cámara abriendo una puerta cimbrada, le hizo entrar en una vasta sala circular donde habian colocado una cama con pabellón.

—Esta es vuestra habitación—le dijo con sequedad.

Y después de haber encendido dos bujías que puso en una gran mesa circular, salió para volver á los veinte minutos con una fuente en la que había un *samovar*, un pastel de venado, y aves en flambé. Gilberto cenó con buen apetito, sintiéndose agradablemente refrigerado.

—Mis necios ensueños—se decía—no me han echado á perder el estómago.

Gilberto estaba todavía de sobremesa cuando volvió á entrar el ayuda de cámara, y le entregó un billete del conde que decía:

«M. Lemínof da la bienvenida á M. Gilberto Savile. Mañana por la mañana tendrá el gusto de haceros una visita.»

—Mañana empezaremos seriamente una nueva existencia—decía para sí Gilberto saboreando una taza del más exquisito the verde,—y en verdad que estoy de ello muy contento, porque no apruebo el uso que he hecho de mis



ratos de ocio. He pasado todo el día racionando sobre mí mismo, disertando sobre mi talento y sobre mi corazón. ¡Qué necio pasatiempo!

Y sacando del bolsillo un libro de apuntes, escribió en él estas palabras; «Olvidate de ti, olvidate de ti, olvidate de ti.» Gilberto al obrar de esta manera hacía como el filósofo Kant, el cual, no pudiendo consolarse de haber perdido un antiguo criado llamado Lampe, escribía en su diario: «Acuérdate de olvidar á Lampe.»

Permaneció breve rato en pié delante del alféizar de la ventana, contemplando la bóveda celeste en la que brillaban mil relucientes estrellas; luégo se metió en la cama, pero su sueño no fué tranquilo: Esteban se le apareció en sueños... Hubo un momento en que creyó verle arrodillado á sus piés, con el rostro inundado de lágrimas, y que cuando se acercó á él para consolarle, el joven sacó de su seno un puñal y le atravesó el corazón.

Gilberto despertó sobresaltado, y le costó gran trabajo volver á conciliar el sueño.

